

libro, a la que sigue la parte «aplicada», ejemplificada por los casos andaluz (capítulo vi), catalán (capítulos vii y ix) y navarro (capítulo viii).

De todos ellos cabe extraer algunas conclusiones relevantes. La primera es que el diferente manejo (tradicional o moderno) de un mismo cultivo (con diferentes variedades) es fundamental. En un contexto mediterráneo de baja disponibilidad de nutrientes y con fenómenos erosivos importantes, las variedades antiguas con manejo tradicional constituían una estrategia de cultivo adecuada a las circunstancias, al generar menor presión sobre la fertilidad del territorio en comparación con el manejo y las variedades modernas. Los datos comparativos en términos energéticos y económicos revelan, además, la mayor eficiencia energética del manejo ecológico (tradicional), su mayor reposición de nutrientes, y los menores costes por hectárea y año, que compensan muchas veces, en términos de rentabilidad, una menor «productividad» física del cultivo. Por tanto, no parece que la agricultura de secano y sus prácticas de reposición, como las rotaciones de leguminosas para fijar nitrógeno, los *formiguers*, o el aprovechamiento de los residuos de los cultivos, fueran rasgos de una agricultura ineficiente, atrasada o mal adaptada al contexto de aridez mediterránea.

Ahora bien, los casos objeto de estudio revelan, además, el *coste territorial* (concepto acuñado acertadamente por Guzmán Casado y González de Molina) en que incurrían los sistemas agrarios tradicionales al reponer la fertilidad del suelo. Se trata del territorio *indirecto* que estos agroecosistemas ocupaban más allá de la superficie de cultivo estricta, y que se utilizaba para reponer los nutrientes extraídos con la cosecha, nutrientes que, en gran medida, procedían de las tierras dejadas en barbecho, de los pastos o los bosques colindantes, y que eran «transportados» hasta la tierra de cultivo por la acción humana y del ganado. Ya fuera de forma natural, o a través de enmiendas vegetales y la aplicación de estiércol, esta reposición de nutrientes resultaba muy exigente en términos territoriales. Por eso, cuando se produjo el crecimiento de la población durante el siglo xix y se pretendió aumentar la superficie cosechada para incrementar la producción, esto comprometió el modelo y la propia superficie de pastos necesaria para la producción de nutrientes (estiércol). El agroecosistema se enfrentaba así a un dilema que resulta clave a la hora de entender las transformaciones agrarias producidas durante el siglo xix.

En general (y en Cataluña en particular), este contexto limitante para la expansión agraria a finales del siglo xix fue relajándose paulatinamente con la entrada de los abonos minerales. Fueron inicialmente utilizados como complemento de la fertilización

orgánica hasta bien entrado el primer tercio del siglo xx, pero después de la Segunda Guerra Mundial, y la generalización de la mal llamada «revolución verde», protagonizaron la transformación radical de unos sistemas agrarios tradicionales que, desde entonces, han venido mostrando una doble dependencia respecto de la industria, tanto por la compra de inputs como por la venta de la producción, todo lo cual ha dado lugar a una mayor vulnerabilidad económica del negocio agrario, una preocupante insostenibilidad ecológica y un mayor desarraigo social.

Esta transformación tuvo que vencer, además, una batalla teórica entre los antiguos agrónomos respecto al asunto de la mejora de la fertilidad de los suelos. Como acertadamente se indica en el texto (capítulo ix), la hegemonía de la teoría mineralista de la fertilización –primero en el ambiente cultural germánico, y luego extendiéndose al resto del continente– acabó por marginar a los defensores de la fertilización orgánica. Esto fue, si cabe, más lamentable en un país como el nuestro, donde la escasez de materia orgánica es un rasgo permanente y la conservación de suelos debería ser una prioridad. Como afirman Enric Tello et al.: «Nada resulta más ilustrativo del profundo tajo cultural experimentado por los sistemas agrarios durante la segunda mitad del siglo xx, que comparar aquellas admoniciones de la generación de agrónomos y edafólogos integrada en nuestro país por José Cascón, Emili Huguet del Villar, Joaquín Aguilera, Daniel Nagore, Gregorio Rocasolano, Josep Soler i Coll, o Eleuterio Sánchez Buedo, con su insostenible manejo de los flujos de nutrientes por las prácticas agrarias vigentes al final de aquella centuria». Rescatar estas aportaciones resulta un mérito adicional de este volumen, al reivindicar teóricamente a unos autores sobre los que merece la pena volver desde el punto de vista agroecológico.

Estamos, en definitiva, ante un libro importante historiográfica y agrónomicamente hablando. Es una muestra del talento científico interdisciplinar de sus autores y de su amplitud de miras. Una investigación colectiva que no solo pone la vista en el pasado para saber con rigor lo que ocurrió, sino también para detectar y rescatar algunas enseñanzas válidas que nos permitan, hoy, enderezar el rumbo por derroteros más justos socialmente y sostenibles ecológicamente. Con libros así contamos, al menos, con una sólida brújula para recorrer el camino.

Óscar Carpintero Redondo

Universidad de Valladolid, Valladolid, España

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ihe.2013.11.004>

**Giorgio Riello. Cotton. The Fabric that Made the Modern World. Cambridge, Cambridge University Press, 2013. 407 págs., ISBN: 978-1-107-00022-3.**

La cuidada edición de este volumen invita ya de entrada a su lectura. La generosa presencia de ilustraciones, y la propia estructura del libro en 3 amplias secciones cronológicas, que comprenden desde los siglos x a xx, facilitan una mejor valoración de cuán complejo es introducirse y analizar el mundo del textil. Pero, pese a la dificultad, no cabe duda de que Giorgio Riello se siente muy cómodo en este terreno.

La amplia bibliografía manejada –abarca diseño, historia global, cultura material e historia económica– y la trayectoria profesional del autor dan como resultado una obra que recoge la historia del algodón en su sentido más amplio, desde sus orígenes en el sudeste asiático hasta los telares ingleses y su posterior difusión más allá de las fronteras europeas.

El algodón como fibra y como tejido era conocido desde la Edad Media. Sin embargo, para Riello el algodón se convertiría, gracias al comercio europeo (p. 134), en el primer producto global no solo capaz de transformar la economía europea y la relación existente hasta ese momento entre todos los factores de producción, sino de imponer al consumidor un producto estandarizado (pp. 234-37, 294-95).

Sin ofrecer una visión diametralmente opuesta o rompedora con las existentes hasta la actualidad sobre el porqué de la divergencia manifiesta entre Asia y Europa Occidental, Riello intenta convencernos de que no se les ha prestado suficiente importancia a 2 hechos que fueron determinantes en el proceso que llevó a esta nación, y luego al resto de Europa y Norteamérica, a dominar las tentáculos de la globalización.

El primero de ellos es el largo *proceso de transición* que tuvo lugar entre 1500 y 1800 (periodo que coincide con el paso de los llamados «seaborne empires» entre los siglos xv y xvii a los

«gunpowder empires» entre 1700 y 1850, de la expansión europea [McGrew, 2007, p. 17]), entre la preeminencia de la industria algodonera del subcontinente indio tanto en producción, como en consumo y comercialización –«old cotton system»–, y comienzos del siglo XIX, cuando surge un nuevo centro (Europa y Norteamérica) –«new cotton system»– que pasa a dominar esta industria y su compraventa. América es integrada en su análisis como parte del comercio triangular, teniendo en cuenta, además, el negativo impacto que esta fibra vegetal, como otras muchas plantas que se llevaron al continente americano, tuvieron sobre el ecosistema y la propia estructura socioeconómica (sistema de plantaciones, trabajo esclavo). En este sentido, Riello se hace eco del lado oscuro de la globalización. Tal vez se pudiera haber ahondado un poco más en el hecho de que América no solo emergió como productora de esta materia prima en sus plantaciones, sino como gran consumidora a mediados del siglo XIX de textiles de algodón. Todas las ventajas del tejido elaborado con algodón –ligero, colorido, lavable, higiénico, sustitutivo de ciertos linos, sedas y finos paños, y, sobre todo, económico– eran en mayor medida apreciadas en los climas cálidos y tropicales.

El segundo factor que el autor reivindica en su libro se centra en las *principales diferencias entre esos 2 sistemas* (cuadro 13.1, p. 290), que radican en las mismas causas que originaron precisamente el triunfo o éxito de las correspondientes regiones en cada etapa. En el caso de la India, su indiscutible superioridad hasta la década de los 70 del siglo XVIII reside, según el autor, no solo en las ventajas ofrecidas por la larga tradición en la producción de tejidos de algodón (cuadro 4.3, p. 79) y la organización de un circuito comercial bien organizado, sino sobre todo en la calidad y en el acabado de las telas, en su diseño y color. Su gran habilidad adquirida a lo largo de siglos en el dominio de las técnicas de teñido, estampado, impresión y pintado gracias a los conocimientos en materia de mordientes, tintes y perdurabilidad/inalterabilidad de los colores en las telas, derivó en una gran especialización técnica basada en la adaptación a las necesidades o requerimientos del cliente, que otorgó al subcontinente indio una primacía indiscutible. Por su lado, Europa logrará sumar a la acción estatal las ventajas del incipiente sistema capitalista, y la experiencia previa en el sector textil para precisamente ofrecer lo contrario, un producto estandarizado, e imponer una moda, unos determinados cánones estéticos por todo el globo. Pero el requisito previo e imprescindible para alcanzar este éxito en este largo proceso fue pasar por la fase de «Indian apprenticeship» (pp. 87-109), en la que los comerciantes europeos fueron aprendiendo en los

mercados de Asia y África Oriental cómo personalizar los productos textiles de algodón y desarrollar métodos de negociación para satisfacer las demandas de los consumidores. Esta etapa de acumulación de conocimientos a través del comercio es uno de los pilares de la tesis de Riello, que es además aprovechada para insertar en su análisis una perspectiva más acorde al lado de la demanda, del consumo, subrayando la importancia que los acabados, los deseos individuales y la moda han tenido en la expansión del algodón. El autor, de hecho, sostiene que se le ha dado excesiva importancia al hilado y tejido, mientras se ha relegado a un segundo plano a la propia materia prima y al acabado de las telas, aunque en ningún caso se niegan las ventajas que frente a sus rivales tuvo Inglaterra (mejor abastecimiento de materia prima, capacidad e incentivos para reestructurar su sistema productivo). No se trataría solo de una europeización de los textiles asiáticos, de una mera adaptación a los mercados europeos, sino del nacimiento de una nueva cultura, una nueva moda, que llegó para imponerse. En este sentido, la cultura material podría haber tenido igual o mayor peso que las redes comerciales y los costes de producción en el proceso que convirtió a los textiles de algodón en uno de los productos más demandados para vestir hogares y personas a lo largo de todo el planeta.

En una entrevista realizada por los estudiantes de History of Design MA, del Royal College of Art and the Victoria and Albert Museum, a Riello a raíz de la presentación de su libro (entrevista publicada en la web *Unmaking Things*: <http://unmakingthings.rca.ac.uk/2013/cotton-an-interview-with-giorgio-riello>), este afirmaba que «perhaps I am more interested in the relationship between these different aspects (economic, cultural and even psychological) than in the in-depth analysis of any of them». Es, sin duda, una reivindicación a favor de la multidisciplinariedad en las ciencias sociales, y resume el esquema que hay debajo de *Cotton*, sus defectos y, sobre todo, sus virtudes. Virtudes como tratar de ofrecer una perspectiva de largo plazo desde diversos ángulos –desde la propia fibra vegetal, pasando por su origen y difusión, su producción, su intercambio, su aprendizaje técnico, hasta su consumo y marketing a lo largo de los siglos– e integrarla en un debate tan controvertido y apasionante como es la divergencia entre los patrones de crecimiento de Europa y Asia.

Nadia Fernández de Pinedo

Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, España

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ihe.2013.11.005>

**Paloma Fernández Pérez. La profesionalización de las empresas familiares. Madrid, LID Editorial, 2013, 222 págs., ISBN: 978-84-8356-654-1.**

Paloma Fernández Pérez coordina esta obra colectiva cuyo propósito es analizar la profesionalización de las empresas familiares en España, Gran Bretaña y México durante el siglo XX, con algunas referencias al siglo XIX. El libro recoge distintos trabajos que fueron presentados, en su versión preliminar, en el X Congreso de la Asociación Española de Historia Económica, celebrado en Carmona (Sevilla) en septiembre de 2011.

Si el eje central del libro es la profesionalización de las empresas, comencemos por definir este término y situémoslo en el debate académico. Susanna Fellman, autora del prólogo de la obra, afirma que ese proceso de profesionalización tuvo lugar cuando «el gestor propietario fue sustituido por el gestor asalariado con educación superior y experiencia significativa en varias tareas de la jerarquía corporativa». Dicho proceso acompañó el crecimiento

y la internacionalización de empresas vinculadas a la segunda revolución industrial y se aceleró con la aparición de un fenómeno paralelo, la dispersión de la propiedad. Entra en juego aquí la teoría defendida por Alfred D. Chandler Jr., quien proclamaba la superioridad de estas grandes corporaciones de gestión profesional y accionariado disperso, agentes activos en la introducción de innovaciones y la sistematización de la dirección empresarial, frente a otras formas organizativas. Sin embargo, tal y como señala Fellman, esta interpretación *chandleriana* parte de una premisa cuando menos dudosa: que los gestores propietarios son menos competentes y están menos cualificados que sus equivalentes asalariados, siempre y en cualquier entorno. Así, aunque la hipótesis de Chandler ha estado vigente durante varias décadas, en los últimos años numerosas investigaciones han cuestionado sus afirmaciones y han refutado la imagen de la empresa familiar como forma de propiedad y gestión obsoleta e ineficiente. Los trabajos recogidos en este volumen colectivo apuntan en esa misma dirección, ilustrando la capacidad de adaptación de la empresa familiar.